



EL VIAJERO EN SU CENTRO

# Nacional IV

*Francisco Gómez-Porro*

Da igual que escojamos la 301 que desde Albacete se une a la Nacional IV en Ocaña, que, más modesta y balsámica, la 401, que pasa por Ciudad-Real y los montes de Toledo, entre dehesas punteadas de castillejos y rebollares. O la Nacional II, de Guadalajara, desde los negrizales del Jadraque hasta la misma Azuqueca de Henares. Todos los pueblos que se asoman a ellas dependen de un trecho de asfalto que divide su identidad entre la ciudad y el campo. Pero nunca podremos rescatar del todo la pequeña historia de este tramo de la Nacional IV, que desde la Sierra de San Andrés, en Despeñaperros, atraviesa el antiguo campo de Calatrava, por Manzanares, y el de San Juan por Puerto Lápice, hasta Madrid. Y cuando falta la grande, la historia que se escribe con mayúsculas y constituye el hecho esencial de un país, de una región o una ciudad, lo que nos queda sólo puede ser verificado con una nueva disposición de sus elementos, que ordenamos intuitivamente con la convicción de hallar algo más sugestivo y revelador que el modelo.

«El lunes es mal día» dice Teodoro, acompañado de sus dos hijos, robustos y cenceños como él. «Siempre sobran plazas. Los más jóvenes se pasan de rosca, y el que más y el que menos aprovecha el fin de semana para hacer sus *cosillas*. Yo no tengo tierra, pero le estamos haciendo casa a la chica, que se casa después de la vendimia». Teodoro y sus hijos forman una cuadrilla de alcatadores a la que se unen algunos operarios más, según las necesidades de las subcontratas. Tiene fama de buen albañil, algo que va asociado a su versatilidad manual y a la prudencia con que

acomete sus empresas. Pero los hay que van a chapar áticos a Aravaca, a destajo y sin seguridad social, y los que, percibiendo el subsidio de paro, forman parte de esos contingentes que, una vez en Madrid, se desplazan hacia el norte, por la carretera de Burgos, donde se relaja la vigilancia de los inspectores de trabajo.

En la parada de Madrideo es el sonido neumático de las puertas y la brisa con olor a café y combustible. Suben nuevos hombres con bolsos en la mano y un nuevo olor en la piel; se inclinan en la penumbra para cerciorarse de los asientos desocupados, entre las protestas de los que duermen. «Yo estoy de ferralla en una empresa que trabaja para Construcciones y Contratas», dice Manuel, mi compañero de viaje, un joven de veinticinco años. Tras intercambiar unas pocas palabras, me confiesa que aún no se ha acostado. Es de Herencia, pero ha pasado la noche en la discoteca de Daimiel. A las tres de la madrugada sus amigos decidieron tomar una copa en Alcázar de San Juan. Apenas ha tenido tiempo más que para cambiarse de ropa, coger el bolso y dirigirse al autocar.

Por los cabezos desnudos de La Guardia el viento arrastra briznas y cápsulas herbáceas que se estrellan contra el cristal. El Pipi, un muchacho lampiño, granujiento, moreno, con los ojos globulosos de haber trasnochado también, se ha acercado a pedirle fuego a Manuel. Me cuenta que hace cinco años abandonó la escuela. Dos de ellos los pasó en las clases de Educación Compensatoria, una experiencia educativa que trató de aglutinar con desiguales resultados a los jóvenes de las zonas rurales sin trabajo y sin experiencia

laboral, que bordeaban la delincuencia y la marginalidad. «Para tirar de una carretilla hace falta poco estudio» dice, volviendo a su lugar.

En Ciempozuelos es el paramento gris y las vaguadas negras, donde brotan las primeras motas de luz asperjada, tenue, violácea, de la madrugada; en Getafe, la polución amarilla de los polígonos industriales, los hangares parcheados de *grafitti*, uralita y *poliexpán*, los expositores de maquinaria agrícola emergiendo a la luz de los faros, bajo el fondo apastelado del cielo, ya en los límites de la ciudad y de la amanecida.

«Trabajo, lo que se dice trabajo, ha bajado mucho de un tiempo a esta parte», tercia Pedro, cuarentón, con una bolsa del Corte Inglés por todo equipaje. Tiene más de cien hectáreas de viña, fruto del lote de tierras recibidas en herencia de su padre y asegura venir a trabajar a Madrid por pura necesidad. Con dos hijos, el campo no le proporciona de momento más que los gastos derivados de su permanente transformación. Su caso no resulta extraordinario; forma parte de un sector que incluye también a los que, con menos escrúpulos, hasta hace poco sumaban una pensión por enfermedad y, además, trabajaban. Al despedirse, en la parada del cerro de los Angeles, Pedro, eufórico, exclama: «¡Vamos al apretón!»

Una voz soterraña, formal, profunda, una de esas voces que calan por su visión pragmática de la vida, surge de uno de los asientos delanteros: «¡Aprieta; tiempo hay de aflojar!» Y, acto seguido, su contrapartida, socarrosa, áspera y llena de retranca: «¡No aprietes mucho, a ver si te vas a quebrar!».

¿Y qué es un apretón? El viajero sabe que la lengua, como la sangre, dice más en sus recovecos que en su apariencia. Cada modo de vida genera una variante de esa lengua que deviene en lengua autónoma, por cuanto no sirve más que a aquellos que están unidos a ella en la labor y en la necesidad. El *chíspas* es el electricista; el *virutas*, el carpintero; el *brocha*, el pintor. Y un apretón es el sopor rectilíneo hasta la Avenida de Andalucía, las primeras vidas ronizando el frío, a la luz de las farolas; el hormigueo que se aglutina en torno a la boca del metro, al llegar al paseo de las Delicias: el músculo de una ciudad que comienza a tensarse cuando ellos llegan, y que rebajará en bastantes grados su actividad cuando la abandonen.

«Estos tiempos de atrás te rifaban» dice Manuel. «Yo, como soy soltero y no tengo que darle cuentas a nadie, cuando llegaba la primavera pedía la baja y pasaba unos meses cobrando el paro. Después de la vendimia, vuelta a empezar. Aquí lo hacía todo el mundo. Pero la cosa se ha puesto chung».

Un apretón, aunque nunca hablen de ello, son las madrugadas de sueño, en el autobús, mientras ruedan por la Nacional IV: el café con regusto a mineral caliente de las estaciones de metro; el almuerzo en los bares para obreros de las calles viejas del centro; las fullerías y los reclamos de los pistolas en *El Brillante* de Atocha, la lengua torcida y amarillenta de los alcohólicos, que abandonan las obras al amanecer, dejando el rastro incalificable de su desnudez entre los escombros. Y todo eso que balbuce con el ronquido de las hormigoneras, que se eleva hasta el cielo inerte y opaco de los tejados con el garfio del maquinillo, o murmura en el yeso y aparece como un lenguaje olvidado en el enlucido de las paredes.

«Yo tengo un pico de siete fanegas de viña en un arenal», dice Julián, un trabajador de sesenta años, de los pioneros, al que hace una semana la empresa le ha comunicado el despido. «Na, si la cosa se pone fea, lo vendo y santas pascuas.»

Para muchos, un apretón en Madrid es una fanega más de tierra que añadir al plantío, una letra de pago sobre el tractor y los aperos de labranza, casa grande construida con sus manos durante los fines de semana, una motocicleta para los días de sol, automóvil, la boda de los hijos, esa suma de elementos correctores propios de un mercado laboral que, a impulsos de la construcción, les ha permitido dignificar su vida y acceder a la posesión de la tierra. «¡El campo no hay quien lo quiera!», exclama Teodoro.

«Al campo ya le llegó su turno hace tiempo» exclama Lorenzo, el oficial de Manuel. «Cuando se acabe el agua, se acaba el campo. Y si no, pregúntaselo a ese. ¡Eh, Joaquín! Anda, dile a éste cuántos metros llevas metidos en el pozo de la Navarramonda». Se oye una exclamación sorda, enfurruñada, soñolienta. Lorenzo se vuelve hacia mí: «Doscientos cincuenta y cinco metros. Una locura... Por fuerza no ha de haber agua».

Veinte, cincuenta, cien metros de profundidad. El sifón de la bomba continúa incansable la búsqueda de agua. Con un viejo Perkins rectificado se ahorra uno la compra de un nuevo motor. Ciento cincuenta, doscientos metros. Maíz, remolacha, alfalfa, cultivos deficitarios.

«Mi padre comenzó a venir a Madrid a principios de los sesenta, con una saca de pan para la semana y un pedazo de gomaespuma para dormir» explica Lorenzo. «Trabajó en las obras de Banús con los prisioneros del Valle de los Caídos. Dormían en unas casamatas del ejército que había cerca de la obra y se alimentaban de conservas, hasta el sábado».

A veces, la memoria colectiva no es más que una reverberación táctil, olfativa, auditiva de la memoria de los otros. Geografía de las pensiones baratas, gallegas, en San Blas, con derecho a cocina; los sueldos, ochocientas pesetas «sin derechos»; la alimentación deficitaria, los bares de paso. Como en aquel poema de Eladio Cabañero que

registra el éxodo masivo del campo a la ciudad en los primeros sesenta, cuando el régimen higrométrico sustituyó al seco y hubo que cambiar la azada por la alcotana. «Poco era el silencio. Aún bastaba/ distraer los oídos, ser la vida,/ la carretera hacia Madrid, viajeros/ en aquel autobús... Se oía la radio».

Pero esto no interesa a los jóvenes, cada vez más numerosos. Una secreta actividad comienza a rezumar de los cuerpos asobinados contra los respaldos cuando el autobús entra en la estación. Los bostezos se suceden y el aliento empaña los cristales. «Lo malo es que se acabe la teta», dice Julián.

El cielo de Madrid es una inversión del suelo: el tráfico rueda en las nubes que no pueden tocar los andamios. Cada ladrillo, cada pared tosca o pulida que se levanta en esta ciudad es un apretón en el campo, una onda expansiva que se propaga en un radio de doscientos kilómetros y envuelve a la capital de España en una argolla de esfuerzo y tensión. Cada escala del andamio que ellos suben también es un apretón. Y es posible que un día, en la obra, se desplome una pared, caiga una viga, ceda el terreno... Un mundo escasamente documentado entre las bellas artes que la genial intuición de Goya plasmó en el tapiz *El albañil herido*, y que tuvo en *La horda* (1905) de Blasco Ibáñez su manifestación literaria más descarnada. A lo largo de la década de los ochenta, a la siniestralidad producida por la falta de seguridad en la obra, vino a sumarse la producida por accidente en carretera. En Daimiel, se recuerda la tragedia que costó la vida a varios trabajadores en un accidente de autobús.

«Un primo de mi madre...» insiste el Pipi, poniéndose a mi lado mientras bajamos del autobús, entre el rugido de los tubos de escape. «Se mató en Campamento, en una obra de Copasa, junto a la Politécnica del Parque de Aluche».

Son muertos de paso, los que señalizan y consagran los espacios del tránsito. Ir y venir, abandonar un lugar para

volver a él: algo muy inmediato y definitivo que reclama ser vivido sin contemplaciones.

Ahora la luz es una cereza helada entre cuajarones grises y nieblas albares que ondean sobre los edificios. «El viernes pagué yo los botellines», le dice Manuel a Lorenzo, mientras caminan hacia el metro, entre los gritos de los vendedores de cupones. «Esta noche, cuando lleguemos al pueblo, te toca a ti».

«Pues no queda rabo que desollar hasta que acabe el día», contesta Lorenzo. Y con una sonrisa, que es también una despedida, añade dirigiéndose a mí: «¡Pues no pueden pasar cosas hasta que lleguemos al pueblo!»

El Pipi y yo les miramos marcharse. «La verdad es que no sé por dónde tirar» dice éste. «En el centro no hay trabajo. Ahora voy a Atocha donde he quedao con un colega que trabaja en Sigüenza en una obra de arranque».

Cruzamos la calle, buscando el alivio de los arriates de tulipanes blancos entre el cemento. Hay un camino del ganado y del esparto, del vino y de la harina, del agua y de las bodegas, del jabón y del cemento, de la cera y del cartón, de la oración y de la guerra. A partir de ahora, el viajero de la Nacional IV no verá ya la inmensa paramera llena de mendigos que atravesó Gautier a finales del siglo pasado, y que tan fascinante resultara a los noventayochistas. Sino esta otra de las vides y las vidas, subordinadas al tránsito, al nomadismo de ida y vuelta. Una forma de vivir pendular, del campo a la obra, de la ciudad al pueblo, itinerante, que parte de un centro y se lanza a conquistar un punto sin exceder el diámetro, para regresar de nuevo al punto de partida. Eso es el apretón. ▣



Daniel Robles